

# MONTAÑISMO Y TRADICION

POR GERARDO LZ. DE GUEREÑU

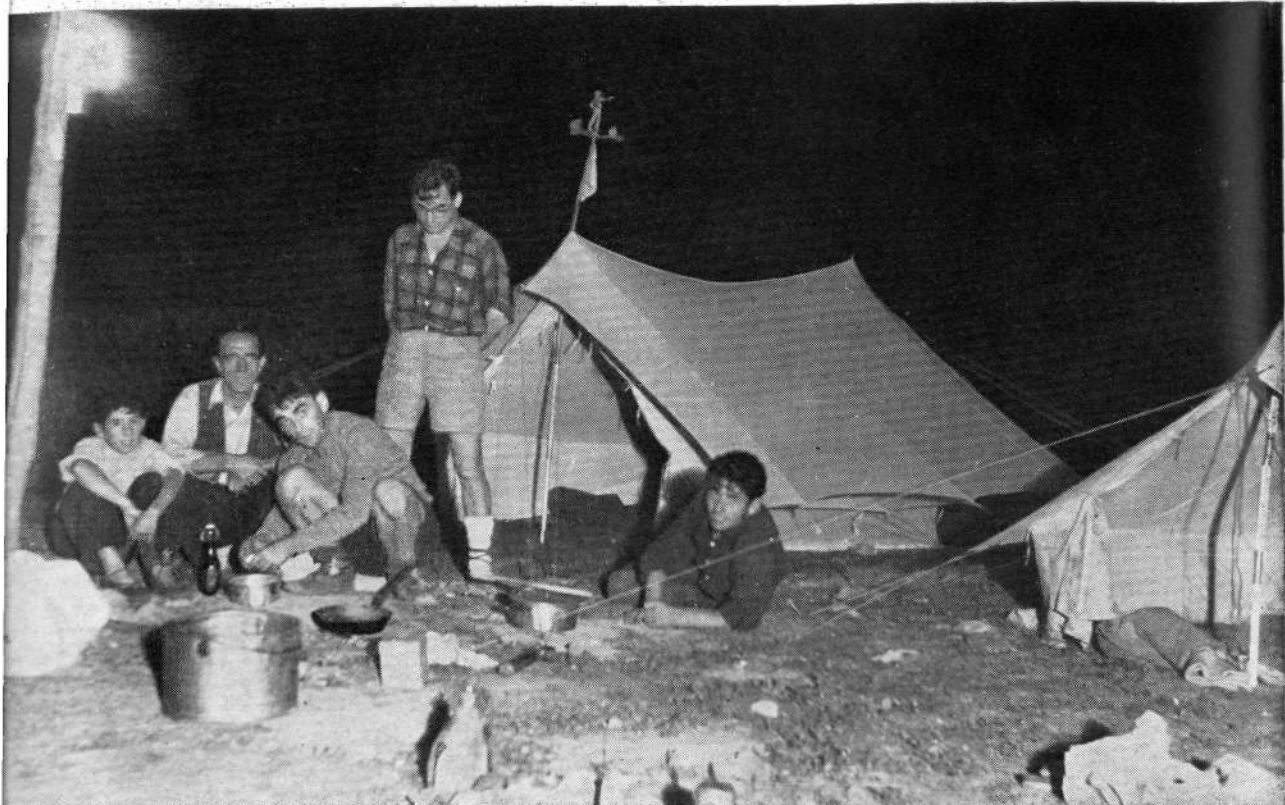
Día de Santa Marina. 18 de julio. Desde nuestro campamento establecido en Tximista, en plena sierra de Urbasa, hemos ascendido hasta la vecina ermita dedicada a esta Santa, donde se celebra su romería anual, encontrando allí a los vecinos de Urdiain y sus cercanías, así como a todos los pastores de estas altas tierras de Urbasa, que, acuden, aparte de la visita obligada a Santa Marina, titular de la ermita, a beber y recoger el sabroso vinillo que en este señalado día se reparte gratis a todos los concurrentes a tan tradicional acto.

Lo avanzado de la época (ya han dejado de ordeñar) y la festividad del día, hace que pasemos el tiempo en largas conversaciones con los pastores de los alrededores, interesándonos por conocer todos los detalles de la sierra, y todas las tradiciones que todavía se conservan en estos lugares. Anochece, los pastores comienzan a dispersarse y nosotros nos reintegramos a nuestras tiendas para preparar la cena, no sin antes quedar citados con ellos para pasar juntos una alegre velada, pues mañana no habrá trabajo y nadie tiene prisa por acostarse.

Llegada la noche, cerca de las tiendas se enciende una gran hoguera en la que chisporrotean los gruesos leños aún sin terminar de secar. Nosotros ponemos el vino y los pastores sabroso queso o tierna cuajada, transcurriendo en amigable camaradería y conversación las primeras horas de la reunión.

Entre los nativos se encuentra uno, soltero, ya de cierta edad (el mozo viejo, le llaman sus compañeros) cuyos maliciosos ojillos brillan, no sé si reflejando las llamas de la hoguera, o por efecto del fuego interior producido por el cabezón mosto de la Ribera. Sus amigos le incitan para que nos cuente cosas de brujas, y, sin hacerse mucho de rogar, sin continuidad entre ellos, tal como más abajo transcribo, van surgiendo distintos relatos que parecen más misteriosos en este ambiente, de callados hayales, de inmóviles ramas, envueltas en algodonosa niebla, cuyas sombras apenas son atenuadas por el destello de nuestra hoguera.

...«Once brujas (siempre se reúnen las brujas en número non, nunca en par) tenían un comercio en una casa, y solían salir a las noches por la chimenea. Tenían un criado que las vio salir un día, y las oyó decir «debajo las nubes y encima las tierras», y salieron todas una detrás de otra. El criado pensó que él también podría salir igual que las brujas, y dijo «debajo las nubes y debajo las matas», y apareció al día siguiente todo arañado, por meterse debajo de las matas.»



*Pastores y montañeros conviven en nuestras sierras. (Foto Guereñu)*

...«En una casa había varias mulas en la cuadra, y la abuela, que era bruja, mataba el día de Noche Buena, de doce a una, la mejor mula. Mató dos en diferentes años, y al año siguiente un criado se escondió en la cuadra el día de Noche Buena, para evitar la desgracia, colocándose al lado de la mejor mula.

De doce a una, vio una mosca que se acercaba a la mula y le dio un golpe para matarla, pero la mosca se escapó. Al día siguiente la abuela no se levantó de la cama, y así durante varios días, pues estaba destrozada por el golpe.»

...«Un día estaban reunidos un grupo de jóvenes en la taberna. Empezaron a hablar de quién era el más valiente y uno de ellos dijo que él era capaz de ir entonces al cementerio, coger una flor y volver con ella a la taberna, los demás opinaban que no, y de esta manera hicieron la apuesta.

El «mozo valiente» salió de la taberna, se envolvió con la gran capa que se llevaba en aquellos lejanos tiempos, y entró en el cementerio, pero al agacharse para coger la flor, se le engancharon las puntas de la capa en unas zarzas, y al levantarse notó que no podía andar y pensó que le estaban agarrando y del susto cayó muerto.»

...«Por la tarde habían enterrado a un compañero que había muerto días antes, y como consecuencia de la «merendola» que tuvieron después de enterrarlo, estaban todos en la taberna un poco «moscorras». Uno de ellos dijo que él era capaz de ir al cementerio y poner un clavo en la caja del muerto. Hicieron una apuesta y se fue al cementerio, tapándose con su gran capa. Entró en el camposanto, buscó la caja y con bastante miedo empezó a meter el clavo, pero por la oscuridad de la noche, no se dio cuenta y clavó también la punta de la capa en

## PYRENAICA

la caja. Al irse a levantar notó que le sujetaban, y marchó desapavorido dejándose la capa sujeta a la caja, donde apareció al día siguiente.»

...«Las brujas existían antes de inventarse la electricidad, pero desde que se inventó ya no hay brujas.» (Seguramente que el gran Edison, en sus trabajos para conseguir la lámpara incandescente, no pensaría que su invento sirviese, algún día, para la desaparición de seres fantasmagóricos.)

Tras un buen trago de la ya vacilante bota, para aclarar la voz, continúa sus narraciones el buen «mozo viejo» que se halla totalmente convencido de la pasada existencia de las brujas:

...«La dama de Amboto, es la más vieja de todas, y es bruja por un juramento que le echó su madre. Se llama «María-Roca». Por este juramento de su madre se tiene que estar peinando continuamente.

«María-Roca, tiene una casa en Amboto, otra en Aitzkorri y otra en Altxueta, y otras muchas más. Si los frailes de Aránzazu, la pillaban en la cueva de Aitzkorri le echaban la bendición, y no podía salir en un año, y ese año había menos tormentas que cuando salía.»

...«Las brujas tienen libre de Oración a Oración, y se reúnen los martes y viernes.»

Al oír estas leyendas, en los rostros de los pastores, en particular entre los más jóvenes, nota el bueno de Félix, así se llama el «mozo viejo», una irónica sonrisa que parece ser no le sienta muy bien, pues como punto final, como queriendo convencer a todo el auditorio de la veracidad de estos hechos, nos cuenta el siguiente caso, sucedido en su propia familia.

...«Su padre y su tío, venían de Estella, de vender seis cerdos, al llegar al Raso de Urbasa, se les apareció una bruja, y les vino siguiendo, trayendo en la mano una luz. Ellos tenían que ir a Ordoz, y llevaban unos veinte duros cada uno, venían en una yegua y el uno dijo al otro: —«¿Qué será eso?» —«Cállate, una bruja» —le contestó su acompañante.

Ellos lo que querían era llegar a la Venta, para meterse en ella. Al fin llegaron, estuvieron rezando un poco y la bruja desapareció.»

El vino se acaba; la conversación languidece; de la crepitante hoguera, apenas queda tenue rescoldo. En el silencio de la oscura noche, leve brisa hace sonar, en ligero susurro, el espeso follaje del hayado, y pone en movimiento el suave crepón de la niebla que desfila ante nuestros adormecidos ojos, mientras una interrogación bulle en nuestros pensamientos: ¿Serás las brujas que pasan?